



USTEDES OREN ASÍ: PADRE NUESTRO...

**PERDONA NUESTRAS DEUDAS
COMO TAMBIÉN NOSOTROS
PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES¹**

Premisa

Quizá sorprenda tanto espacio reservado al pecado en el Padrenuestro - de siete preguntas, tres se refieren al mal y al pecado.

Martini comenta: «Jesús sabe que nuestra vida está amenazada, es frágil, se desarrolla en un contexto de absurdo y pecado y por eso necesita constantemente ser redimida, defendida de esta situación.

Incluso cada comunidad está constantemente enredada en la división, por el contrario, por el conflicto. Y Jesús nos lo hace entender"

Y añade: «Recuerdo el título de un interesante libro de Jean Vanier: "La comunidad, lugar de perdón y de celebración". Ante todo el perdón, siendo la comunidad un lugar de pecado, debemos pedir con insistencia perdón por nosotros mismos y perdonar a quienes nos han ofendido".

Además: "Es una petición muy importante, no sólo porque estamos continuamente amenazados por el pecado, sino porque la obra de Jesús, el reino, es ante todo la liberación del pecado".

Pensemos en la parábola del hombre fuerte: «*Mientras un hombre fuerte y armado guarda su casa, todo lo que posee está seguro. Pero si llega uno más fuerte y lo vence, le quita las armas en que confiaba y reparte sus bienes. El que no está conmigo está contra mí. El que no recoge conmigo desparrama*» (Lc 11,21-23).

Excursus: el pecado en la Biblia

Lamec – Ley de represalia

«²³Lamec dijo a Ada y Sila, sus mujeres: «Escúchenme, mujeres de Lamec, pongan atención a mis palabras: mataré a un hombre por herirme, a un joven por golpearme. ²⁴Si la venganza de Caín valía por siete, la de Lamec valdrá por setenta y siete». (Gn 4,23-24)

«¹⁷El que mate a un hombre, será castigado con la muerte. ¹⁸»El que mate un animal, tendrá que reponerlo, animal por animal. ¹⁹»Al que lesione a un conciudadano, se le hará lo que él ha hecho: ²⁰fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente. La lesión que causó a otro se le causará a él». (Lv 24,17-20)

¹ Textos de referencia: C.M. Martini, Padre nuestro, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2016

La entreñable misericordia de Dios

«¹Cuando Israel era niño, lo amé, y desde Egipto llamé a mi hijo. ²Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: ofrecían sacrificios a los Baales y quemaban ofrendas a los ídolos... ⁸¿Cómo podré dejarte, Efraín; entregarte a ti, Israel? ¿Cómo dejarte como a Admá; tratarte como a Seboín? Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas. ⁹No ejecutaré mi condena, no volveré a destruir a Efraín; que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti y no enemigo destructor». (Os 11,1-2; 8-9)

Año sabático – Año jubilar

(Lv 25,1-17)

Jesús en Nazaret

«¹⁶Fue a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró un sábado en la sinagoga y se puso en pie para hacer la lectura. ¹⁷Le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y encontró el texto que dice: «¹⁸*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, ¹⁹para proclamar el año de gracia del Señor*». (Lc 4,16-19)

Jesús e casa de Mateo

«⁹Cuando se iba de allí vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado junto a la mesa de recaudación de los impuestos. Le dijo: «Sígueme». Él se levantó y le siguió. ¹⁰Estando Jesús en casa, sentado a la mesa, muchos recaudadores de impuestos y pecadores llegaron y se sentaron con él y sus discípulos. ¹¹Al verlo, los fariseos dijeron a los discípulos: «¿Por qué su maestro come con recaudadores de impuestos y pecadores?». ¹²Él lo escuchó y contestó: «No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos. ¹³Vayan a aprender lo que significa: *Misericordia quiero y no sacrificios. No vine a llamar a justos, sino a pecadores*». (Mt 9,9-13)

Perdonar hasta setenta veces siete

«²¹Entonces se acercó Pedro y le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarle? ¿Hasta siete veces?». ²²Le contestó Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». (Mt 18,21-27)

¡Gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro!

«¹⁹No hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero. ²⁰Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí. ²¹Y me encuentro con esta fatalidad: que deseando hacer el bien, se me pone al alcance el mal. ²²En mi interior me agrada la ley de Dios, ²³en mis miembros descubro otra ley que lucha con la ley de la razón y me hace prisionero de la ley del pecado que habita en mis miembros. ²⁴¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de esta condición mortal? ²⁵¡Gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro!» (Rm 7,19-25)

Perdón gratuito

- Mateo utiliza la expresión más arcaica, que dice: «*Perdónanos nuestras deudas*». Tanto en la Biblia hebrea como en la griega hay muchas palabras para indicar pecado, transgresión, desobediencia. Aquí elige el concepto de deuda.

Martini explica: «Probablemente porque el concepto de deuda - obviamente metafórico, ya que no se trata de una deuda de dinero - es relacional. El concepto de pecado puede concebirse con referencia únicamente a la ley: está la ley y el pecado que la transgrede; está el precepto y la desviación del precepto. La deuda, por otro lado, indica una relación con alguien. Hablando de deudas, Jesús nos recuerda, por tanto, que no se trata simplemente de nuestras desviaciones, transgresiones, errores, infracciones de la ley, sino de una ruptura en la relación con él.

Por lo tanto, esta palabra es, en mi opinión, muy importante. También se puede traducir correctamente "pecado", pero entendiendo el pecado precisamente como la ruptura. relación con Dios».

- «*Perdónanos nuestras deudas*». Es una forma de reconocimiento de que nunca podremos pagarlos. La oración del *Padruestro* supone que somos así ante Dios: tenemos deudas que no podemos pagar, porque hemos roto una relación de amor y no somos capaces de reconstituirla con nuestras propias fuerzas, si no se la devolvemos a nosotros de forma gratuita.

En verdad, ni siquiera sabemos el alcance de nuestras deudas, por lo que apelamos a su misericordia.

Ser perfecto como el Padre

«*Como nosotros perdonamos a nuestros deudores*» (Mt 5,12).

Martini comenta:

"Es la única pregunta a la que Jesús pone una condición, y nos interpela.

La versión griega tiene una expresión muy extraña, que los exégetas discuten: «ὡς καὶ ἡμεῖς ἴαφηκαμεν τοῖς ὀφειλέταις ἡμῶν», «como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores».

Casi parece que primero teníamos que perdonar y luego podemos pedir perdón.

Es cierto que los exegetas suelen mitigar esta expresión diciendo que el perfecto: ἴαφηκαμεν es un presente-perfecto, es decir, «estamos acostumbrados a perdonar». Sin embargo, el vínculo sigue siendo muy estrecho.

Entonces, ¿qué implica esta oración? Supone una comunidad pendenciera, dividida, donde las ofensas son recíprocas, donde hay expectativas no correspondidas, recriminaciones, expectativas defraudadas.

Y es tan fuerte esta oración que, como ya he dicho, el único comentario del Padre Nuestro en el Sermón de la Montaña es el que se añade al final de la oración: «*Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas*» (Mt 6,14-15).

Es una condición absoluta y subraya que el Padre sabe bien que somos pobres, frágiles, que nos ofendemos fácilmente unos a otros. Quiere que su perdón vaya siempre acompañado de nuestro perdón...

Sin duda es una pregunta muy desafiante. Muchas veces nosotros, los cristianos, lo pronunciamos sin darnos cuenta de lo que significa. De hecho significa mucho: nos compromete con el perdón gratuito, que es un gesto grande, difícil, a veces heroico.

Nos compromete a esa actitud evangélica que no es en modo alguno evidente.

Jesús ya había dicho en el Sermón de la Montaña: *«Si, pues, presentas tu ofrenda sobre el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve y ofrece tu ofrenda»* (Mt 5, 23-24).

Palabras de fuego, que nos preocupan cada vez que celebramos la Eucaristía, sin estar nunca seguros de que realmente alguien no esté enojado con nosotros y que tal vez no hayamos sido capaces de dar el paso de la reconciliación.

El requisito de Jesús es formidable. Nosotros diríamos: el que tenga algo contra mí, que se encargue. El Señor, en cambio, quiere que hagamos todo lo posible para que el otro no tenga nada contra nosotros.

También son muy duras las siguientes palabras: *«Habéis entendido que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente; mas yo os digo, no os opongáis al maligno; de hecho, si alguien te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera demandarte para quitarte la túnica, déjale también la capa»*. Esto es perdón. *«Y si alguien te obliga a caminar una milla, ve con él dos. Da a los que te piden y a los que quieren un préstamo de ti no les des la espalda»*.

«Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo; pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (vv. 38-45).

Comprendemos el motivo de la insistencia de Jesús: porque así actúa el Padre, así es Dios, y así es glorificado. *«Sean, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»* (v. 48).

Yo confieso que es una necesidad que en parte me preocupa y en parte me avergüenza.

Es preocupante, porque si se malinterpreta (como muchas veces se ha hecho de manera instrumental) podría llevar a la impunidad.

Es vergonzoso, porque nunca nadie me ha hecho un daño tan grave y sermonear a las víctimas para que perdonen a sus torturadores significa preguntarles a los demás lo que no debo hacer yo personalmente.

En cambio Jesús lo dice y me consuela el testimonio de algunas víctimas que han perdonado graves violaciones y que han encontrado la paz precisamente en el perdón.

Algunas provisiones requeridas

En resumen, ¿qué disposiciones internas conlleva esta pregunta del *Padre nuestro* *«perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores?»*

1 Sentirme ante el Padre que me ama infinitamente y quiere hacerme uno con Jesús, quiere darse enteramente a mí.

2. Considerar mis pecados, mis defectos, como insolvencias de amor, amor no dado, no devuelto, no correspondido.

3. Orar en plural, en relación con todos los pecadores: «Perdónanos nuestras deudas», en solidaridad con los pecados de toda la humanidad.

4. Estar dispuestos a perdonar de corazón y sobre todo (lo que es más difícil) a perdonar a quien no nos ha dado lo que razonablemente podíamos esperar. Esta disposición también se refiere a las familias (padres-hijos, hermanos), amistad y relaciones comunitarias.

Por eso la exhortación está presente en todos los estratos del Nuevo Testamento, porque caracteriza absolutamente el mensaje de Jesús.

Algunas actitudes sugeridas

1. Una primera actitud que es más rara de lo que debería ser es la certeza de ser perdonado. A veces nos arrastramos por la vida, manteniendo, a pesar de las muchas absoluciones recibidas, el temor de que el Señor todavía esté algo enojado con nosotros. Es una tentación de satanás; porque, una vez que hemos confesado nuestros pecados, Dios verdaderamente nos perdona.

2. Se nos recomienda una segunda actitud y es el esfuerzo por borrar todo rencor, toda amargura, todas las recriminaciones que muchas veces acechan, aunque no salgan a flote, en lo más profundo de nuestra psiquis.

3. La tercera actitud es la de entrar en la misericordia del Padre. Lucas lo recuerda de manera muy eficaz: «*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; No condenes y no serás condenado; Perdona, y serás perdonado; dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosante será vertida en tu vientre, porque con la medida con que midieres, te será medido*» (6,36-38).

En otras palabras: entrar en la misericordia del Padre significa amarnos como Jesús nos amó (cf. Jn 13, 34-35).